moñona

Número 5

MAR 2026

Palurda
Palestra

Portada

Juana Romero

Equipo Editorial

Gabriel Borja

Juan Pablo Vergara-Marín

Alejandro Bastidas

Escritores

Francisco Pérez

Juan Pablo Vergara-Marín

Teresa Iturralde

Isabella García

Editorial Palurda Palestra 2026
Moñona número 5
Derechos sin proteger
No hay plata para el **ISBN**
Edición Gabriel Borja & JPVM
Publicado Marzo 2026

Se nos va la vida (Nota editorial)

■■■

Llegó marzo, con sus días y sus aguas, con promesas primaverales en el hemisferio norte y tirando al sur puede que llueva más o que llueva menos. Todo escurre en ondas que buscan un medio y algo para rebotar, pero se disuelven en un lugar, en un cofre grande que no sabemos cómo llamar. Llegó el lunes 2 de marzo con la quinta edición de la 'moñona', nuevos escritos, nuevas caras, todo plasmado y guardado en un cofre grande. La ceremonia semanal (interrumpida una vez por mes) nos ofrece un ritual, un medio y una pared para que las ondas reboten. Somos oídos y chasquidos de dedos en un cajón, que se encadenan uno tras otro.

A Gabriel le enseñaron a tejer.

Eso, muy bien, dale otra vuelta, no olvides tensar bien con la otra mano, mételo en la aguja y de nuevo. Me repetían mientras intentaba reconciliar las instrucciones y la coordinación nula de los dedos. Mi tutora tejía a una velocidad que no podían imitar mis manos. El primer punto se lo agradezco al azar, los siguientes no salieron. —Donde me ponga a hacer una bufanda se me va la vida— le dije sentenciando mi fortuna. Si asumimos los límites corpóreos, uno no puede vivir tejiendo, en algún momento hay que anudar, cerrar, meter por la cabeza de la aguja el último nudo.

Los hilos tienden a traicionarse entre sí. Alguna hebra necia que se enreda y se desprende, alguna mota nace de un saco de lana negada a ser saco, por ahí un pelo forajido se encrespa hacia el otro lado (o incluso hacia la piel). Estambres que caen al fondo, por allá donde se gesta el silencio. Objetos y ruinas.

Juan Pablo se robó un vaso.

En los carnavales de Arrosadía bailaban en círculo. Entre vitoreos y la algarabía del día soleado un joven lanzó su sombrero al aire y cayó entre la multitud expectante. Un niño disfrazado de caballero medieval recuperó el tesoro y se lo puso en la cabeza, y en sus ojos se iluminó un destello camino. Posó orgulloso ante su aita, ante su ama, y en las vísperas de su triunfo su abuela le arrebató la corona y la regresó a su antiguo dueño. Alguien arrojó un vaso de plástico que lee 'Arrosadia Bizirik!' y tocó el suelo. Sin progenitores ni familia a quien mostrárselo, lo levanté y lo hice mío. Las palabras y los hilos tienden al suelo, obedecen la ley universal de la gravedad. El suelo nos pertenece. Todo lo regado es nuestro.

Juan Pablo se quedó dormido.

No se puede tejer todo el tiempo, o más bien, nunca terminamos de tejer. La escritura es una bufanda inmensa que tejemos todos, como un juego de relevos. Hay manos torpes y firmes. Manos que bordan y otras que enredan. Hay manos primerizas y desconfiadas. Todas quedan registradas en la textura. Si uno pasa los dedos por la superficie puede

sentir los cambios de pulso: aquí alguien temblaba, aquí alguien estaba enamorado, aquí alguien tejía con rabia, aquí con sueño. Juan Pablo se quedó dormido y me encargó reemplazar las suyas.

¿Hacia dónde seguir? ¿Qué idea continuar? No me dejó instrucciones. Me dejó, eso sí, un reguero de hilos y motas y carretes que no sugieren nada. La lana suelta es una responsabilidad gigante, si no la recojo se enreda, y si la anudo mal puede apretar lo que ya había construido.

Si algo queremos —si algo elegimos— es continuar dudando si el camino que tejemos es el correcto. Tejer también es desarmar, volver al hilo, desatar nudos, dudar. Los hilos tienden a traicionarnos. Hay oraciones que salen a la primera y unas que se enredan. La bufanda nunca la vemos completa.

Si algo mantiene lleno este cajón gigante es la necesidad imperiosa que tenemos de tejer: obedecemos al azar que se vuelve insistente, al deseo de continuar, a la gravedad que arrastra los hilos hacia un mismo suelo que nunca alcanza a contenerlos. —Donde me ponga a hacer una bufanda se me va la vida— me repetí mientras anudaba estas letras.

Ojalá se nos vaya la vida en esto.

Contenido

El Vestido | **Francisco Pérez**.....9

Las Misas | **Juan P. Vergara-Marín**.....13

Sonoras Caderas | **Teresa Iturralde**.....20

Tregua | **Isabella García**.....24

El Vestido

Francisco **Pérez**

■■■

星の様に月の様に全て包む
あの夜へと沈む
BUCK-TICK -ドレス[1]

Si pudiera ser tan libre como el viento, como Eolo, que viste de su fragancia tu suave voz que me guía.

Si pudiera ser tan libre como la lluvia, que las náyades aguarden de mí una delicada caricia, para alivianar los arduos campos.

Las puras y blancas lágrimas se derraman, el viento las arrastra, y desembocan en el cielo. Tu clara y delicada voz no me deja ir.

Entonces, estoy atrapado como un animal. Procura mirar de cerca, ¿estás en el lado correcto de la jaula? Estoy justo donde pertenezco, lo merezco.

El pesado viento y la lluvia ligera sirven de presidio a mi calor. Tú afuera, afectada por el espejo ilusorio que caracteriza a todos los humanos. No realizas ni el más mínimo movimiento, pero tu mirada de soslayo es lo que determina un absoluto.

Esperarás el mar: que te abrace, que te bese, que te suplique, que te obligue. Un día llegará y te convertirá a ti en el y el cielo y tu; la perfecta metamorfosis.

[1] ("Como las estrellas, como la luna, lo envuelve todo. Se hunde hacia aquella noche." *Dress*, Buck-Tick)

Esperaré, entonces, un sinfín de maldiciones, de sucesiones e inducciones que aumentan *n* veces, solo para demostrar la valentía de la que se sirve toda causa que es inherente a nosotros.

¿Escuchabas mis plegarias? No, no lo creo. Eran lo suficientemente insignificantes para hacer notar que el calor emanaba de mí. Déjame decir tu nombre por siempre.

Si pudiera bailar contigo otra vez, te besaría mientras las luces se apagan; balanceándome mientras la habitación se quema, te sostendría mientras el agua sube.

Aquí ocurre como las aguas: cuanto más abundantes, tanto más peligrosas.

El sol se enterrará en mi corazón, y las espinas que alimentaste por fin saldrán. Cuando el sol vuelva a salir, el desgarro de mi piel se verá reflejado en tu risa.

Y un respiro dejará ver el macabro plan que todos los astros parecen murmurar. Entre el púrpura y el eterno azul, se dejará atisbar un milímetro de tu delicado cuerpo.

¡Que alguien llame a un médico! Pues este bailarín espera poseerla como una primera vez; una segunda, necesaria para alimentarse; una tercera, para limpiar toda la podredumbre que trajo su maleza.

Más oscuro que la noche, o, incluso, que el acero.

Quien recuerda una cosa por la que fue deleitado una vez, desea poseerla bajo las mismas circunstancias que cuando fue deleitado por ella la primera vez.

Amada mía, ya nada más queda. Que el compás del viento y de la lluvia marque el tiempo; que la noche termine de abrazar mi empobrecido ser; y, por una última vez, tus suaves labios vuelvan a ser de mi deleite.

Pobre muerte.

Que la voluntad sea mi juez.

Las Misas

Juan Pablo **Vergara-Marín**

■■■

Basta un horno, un mostrador, y un par de comedores arrejuntados, el ambiente de mantequilla, rastros de hojaldre en el suelo y un puñado de palomas fisgonas rastreando, un letrero (de imprenta o de hoja arrancada de cuaderno) para construir una panadería. No quiero caer en ridículos argumentos nacionalistas, puesto que siempre alguna bandera encontrará alguna minucia para agarrarse y decir "no, en la mía no es así" o por el contrario insistir en "claro, como el resto de las panaderías". Tampoco pretendo enaltecerlas o ubicarlas en un pedestal único de sociabilidad que vuela el techo de lo sensato, que las presenta como el gran logro comunitario de nuestra época. Las panaderías son sencillas, pueden complejizarse claro, pueden incluir una carta que ofrezca cafés especiales, repostería francesa, batidos con leche vegetal, enchufes eléctricos y cualquier otra artimaña para pescar clientes. En esencia, las panaderías huelen, son coyunturas en la musculatura urbana, son islas de harina. El oficio panadero; la paciencia de la levadura; la prudencia del carbohidrato y las grasas; el callo que produce el rodillo, nudillo, yema, y palma; el fogonazo de las bandejas de lata entre ascuas… el oficio de alimentar a los animalitos, a todos los animalitos. Me gusta pensar que a orillas del mar Jesucristo multiplicó panes rollo, calientes hojaldrados, trozos de pan trenzado o aliñado. Me gusta pensar en Jesucristo como el panadero más importante, y que su cuerpo se sublima en pan y su sangre en vino. Basta un horno para construir un templo.

Una mañana terminamos sentados frente a frente en una panadería. Estábamos estrenándola. Éramos quienes inauguramos la lista de comensales del día. Nos sentimos como las primeras personas despiertas, liderando el ingente bostezo urbanita. Si, habíamos seguido derecho, técnicamente no fuimos los primeros puesto que no dormimos, pero ahí estábamos rompiendo un ayuno que no nos arrebató el sueño. Tenemos la maña de regalar, somos amplios en nuestro dialecto: regalamos documentos de identidad, sorbos de bebidas, productos en cigarrerías, intervalos de tiempo, y nombres. Somos vecinos también, como si viviéramos uno encima del otro en un edificio que brota del núcleo del planeta y sigue derecho, o más bien como si habitáramos un tren larguísimo de vagones extensos. Le pedí regalado a la vecina un tamal, un chocolate y tres mil pesos de pan blandito. Ella le pidió regalado a la vecina una carta para mirar qué más había para comer. La vecina nos ofreció regalados cinco minutos para preguntar en la cocina para ver qué había. Mientras tanto tomamos café, a sorbos pequeños y por medio de un pitillo de diámetro atómico. Nos miramos, lagañudos, harapientos, con aliento pesado, y le agradecimos al otro nuestra mutua fealdad, nos podíamos amar bajo las estatuas de la belleza, podíamos sorber si queríamos o limpiarnos las esquinas de la boca sin problema alguno. La vecina regresó, nos ofreció caldo, huevos *al gusto*, sánduche de jamón y queso, croasán de jamón y queso, pastel de jamón y queso, papa rellena, empanada de carne, de pollo, de carne y pollo, de carne y arroz, de pollo con papa, de papa

rellena con carne y pollo y arroz y jamón y queso doble crema con ají. Rico, nos miramos, y ella decidió pedir otro tamal. *Por ahora eso vecina, muy amable muchas gracias.* El trasnocho nos pasaba factura en los párpados y en la conversación, el vapor de las hojas de plátano salían a la calle, todo despertaba y nosotros cansados. *No sea escasa mamita, sople y ahí si le da un mordisco. Saque pecho por la sopa de leche, cebolla, cilantro, huevo y mogolla. ¿mogolla? ¿le echa mogolla a la changua? Lo que haya, para que espese.*

Llegando al Centro Nariño, por la cuadra de las peluquerías, del saltimbanqui este de los perros calientes, por donde Ana agarraba para la casa del novio, está Manjares, antes tenía una fuente al fondo, algo demasiado distorsionado para una panadería. Una galleta de tres ojos, o en caso de escasez podría ser una cíclope, un pan de queso de ocho mil y un tintico. En Manjares dan bolsas de plástico con el logo de la panadería, todo un logro empresarial y publicitario, puesto que don Fernán recalcaba el uso adrede del amarillo '¿Sabía que el amarillo da hambre?'. En Manjares usaban (no me consta que sea una práctica aún llevada a cabo) mantequilla rancia, coloreaba toda la espuma de la harina de un color amarillo intenso como de color colegial. Qué hambre. En Manjares, mejor dicho, en la puerta de Manjares, postrados sobre el escalón, se ubicaban mendigos consumidos, adictos al olor de la mantequilla rancia. Las calles estancaban el paso del aire entonces se empozaba el aroma crocante, sublimado de la grasa con una densidad que se impregnaba en el ambiente. Los mendigos (en plural porque siempre rotaban,

nunca vi a una misma persona ocupando el escalón de la entrada) eran exigentes con sus misericordias: no podía ser pan viejo, ni pan duro, ni nada dulce, ni nada de tomar, aunque lloviera o hiciera frío. Nunca entraban, como si el portal constara de una energía repelente para el necesitado, y era tan malvado el lugar que pintaba todo de amarillo para retar, para que el humilde victorioso que rechazara el hambre pudiera atravesar la entrada. Las palomas, mochas, desplumadas, moribundas, jóvenes, cachondas, sucias, blancas, y podridas palomas se hacían las gringas y se escabullían bajo las bandejas. Todas cobardes, no se atrevían a robar o repartir el botín, todas migajeras hacían de escoba y recogedor en el suelo de cerámica, en el palacio de su deseo. Eran tan conchudas que acompañaban a los mendigos, se asociaban con ellos como si de camaradas se tratase, y conversaban, planeaban robos extraordinarios para desalojar el lugar. Una noche, cuando el letrero amarillo y la luz de la luna no daba la impresión amarillenta de la panadería, forzaron la reja y entraron. Todo a oscuras, usaron sus narices para encontrar los hornos y la reserva de mojicones, pandeyucas, pandebonos, flautas, leches, natas y aceites. Dieron con unas escaleras que descendían más en la profundidad. Bajaron, a hurtadillas, necios como el río con el cauce, abriéndose camino por laberintos y desagües. Hacía más calor, las palomas cansadas de tanto andar comenzaron a alzar el vuelo y chocaban con el techo y las paredes de piedra. Los mendigos, con el agua por las rodillas, se apoyaban contra los muros buscando alguna puerta. Hacía más calor. Un

estruendo industrioso se hacía grande, como las entrañas de una locomotora. Se hizo la luz. Bajó una riada que los arrastró a lo que parecía ser la senda de un molino de agua. Pidieron auxilio los mendigos y chapuceaban el agua las palomas, pero cada vez más las aspas del molino se convertían en asesinas de madera. De eso hablan, piden por las almas de aquellos que pasaron por el portal y se atrevieron a repartir el pan, para que no sean aplastados por el resto de la eternidad, por eso piden los mendigos en la entrada y por eso dejaron de ser valientes las aves.

—¿se dice *moronas* o *boronas?*—

Es imposible comerse un hojaldre entero, desde su nacimiento va perdiendo su costra, la va dejando regada por donde lo lleven. Yo reunía toda la piel abandonada en el fondo de las bolsas y se la echaba a las sopas para que cogieran carácter. No me gusta desperdiciar, no me gusta sentir que las cosas pierden su valor. Antes robaba cubiertos, no estaba dispuesto a gastar parte de mi sueldo para poder llevarme comida a la jeta, no gracias, no quería patrocinar su amortización. La primera vez pequé por inocente. Me trajeron en una bandeja de plástico unas cuarenta servilletas, un cuchillo, una cuchara, y un tenedor de lata floja. Me las llevé a la casa con todo y el recibo (que guardo todavía en la billetera) que dice: 1 café negro 6 rollos 1 huevos cebolla tomate $6200. Las veces que siguieron lo hice por fuerza de hábito. Llegué a robar tanta baratija que pude fundirla y hacer nuevos cubiertos, nuevas aleaciones más resistentes y

pesadas al uso. Las bolsas, todas, las doblo en forma de triangulo y las embuto en una bolsa de cartón por si alguna vez necesito. El agua de la lluvia, toda, la recojo con unas tuberías que yo mismo forjé y la guardo en un barril con una capacidad de 400 litros. Tejo guantes con el pelo que se me cae, hago figuras con las uñas que me quito y abono un potrero cercano con mis excrementos. Todo lo hago con cálculo detallado para no generar excedente, pero siempre, sin falla, ni minucia algebraica, hay un trozo de hojaldre suelto, peregrino. Se quieren organizar, ahora esperan, bajo la nevera, en la esquina detrás de la puerta, en las medias sucias. En el momento indicado, no sé si pronto o si está sucediendo, se reunirán para formar un buñuelo gigantesco, un titán de harina tan grande que opaque el sol. Tendrá tanto apetito que nos reunirá para espesar sopas o para dejarles algo a sus mascotas. Somos trozos de hojaldre de algo más grande, y cuando llegue el momento nos haremos torta de pan.

Sonoras Caderas

Teresa **Iturralde Rocha**

■■■

Caí dormida, con la oreja pegada al piso. Sin almohada, arropada con ese vértigo noctámbulo que sacuden los cuerpos antes de dormir. No quería sentir que me caía. Una no se cae estando en el piso. ¿A dónde caigo dormida en el piso? Era mi andén, era mi calle, y el pavimento seguía hasta dónde llegaba el sonido. Por entre las tablas, pequeñas virutas de todo desfilaban, cantaban y tuve que recibirlos en mi oído. Baja el tráfico, bajan los camiones pesados con las bocinas a toda. Me ensordecen, me vuelven a ensordecer. Los bichos confían en mí, los bichos y las cigarras enrumbadas en la calle que une al piso con mis adentros. Si me encuentras durmiendo en el piso no me despiertes, si tienes que preguntarte sal por donde entraste. Si me encuentras durmiendo en el piso no me conoces, no me halles, no te encuentro. No hay líneas rectas ni círculos perfectos, en el suelo, en la perfección llana, el agua siempre encuentra por dónde correr, por dónde regarse. Cuando sueño abro mi boca, mis ronquidos entonan la canción de lo profundo, mis alientos empañan a la superficie para que patine el polvo.

Me duele la espalda, mis huesos crujen, mis piernas se enroscan sobre sí mismas, entre ellas mismas, como un fideo estropeado. Entra la luna por la ventana y encuentra a sus amigas sobre mi piel, las saluda y yo dormida, como una fiesta de grandes cuando era niña, como las sombras de una gran reunión de la que nunca fui parte. Mi cuerpo intenta coordinar el paso, lo intenta seguir, mi cuerpo recién parido

conoce sus extremos, sus remates desnudos de maldad, y baila, baila con la luna. Ahora la calle está de fiesta, cuelgan los pendones, los banderines, la serpentina bulla de los traidores del sueño. Los ángeles descienden, caen lentamente, sus alas se encienden y alumbran de fuego el camino, los ángeles del barrio descienden sobre el piso y pegan sus oídos santos al suelo. Los ecos de las cavernas excavan bajo sus muros, bajo la calle misma, para llamarse entre ellas para que, entre la absoluta ausencia de la luz de las estrellas y de los cuerpos celestiales que se precipitan eternamente, puedan hablar de goteras, del sonido primigenio que sigue colándose para buscar el cielo. Duermen poco a poco, ceden al cansancio, duermen los ángeles del barrio, las cavernas, las virutas, los bichos de la orquesta, la luna, y todo lo posible cierra los ojos para volver a nacer.

En sueños beso, y siento el aliento ajeno, siento el intercambio de calor y el redundante reflejo de cerrar los ojos, mis labios insisten en recorrer al vacío esa lengua apócrifa. El sueño se deshila, se deshace, se adelgaza, se pulveriza desde sus esquinas hacia el centro, hacia la punta de la nariz. Ahí se junta la ira, la impaciencia, la realización sobre la indivisible realidad. El suelo se hunde, el piso, le teme a la rabia, le teme a su fuego azul. Mira, mira, mira, ahora sí, abre los ojos y no lo cierres nunca, los látigos del día disuelven la piel, desde sus esquinas hasta el centro. Escucha tus plegarias, piensa qué me vas a ofrecer, qué tienes para mí. Un instante desmembrado, desde el ombligo hacia afuera, huye por el picaporte del mundo con las llaves de otras

puertas. Fugaz, con dolor de espalda, de cabeza, de mandíbula, desperté antes que mis hombros, mis caderas, mis piernas, pero duelen más allá de la carne. Duelen porque gritan y hacen sonar sus huesos, que ya no me pertenecen ni a mi ni al suelo.

Tregua

Isabella **García**

■■■

Me encuentro descalza
entre piedras,
con mi piel enrojecida y
marcas de dolor.
Me encuentro
vulnerable ante la presencia
de lo que alguna vez me lastimó.
Me encuentro
confundida,
pendiendo de un hilo tallante a su paso;
parece blanco
mientras yo
no dé un paso.

Quiero escapar de esto
que tanto me encarcela.
Grito y grito, pero parece que nadie escucha.
Pienso.
Espero no desestabilizarme y caer.
Sé incrédulamente que nadie estará
abajo para rescatarme.
Me encuentro gritando
el nombre de mi cazador.
De nuevo.
Esperanzada.
Me encuentro esperando.
Me encuentro gritando,

esperando ser salvada
y no depender
de las pocas pistas de mi camino.
Yo sigo acá.
Vuelvo a gritar.
Sigo siendo torpe,
pero sigo acá.
No me dejes pasar.
No quiero seguir encontrando, cual detective, tus mentiras y caer.

Caer y el vacío de mi estómago tragar.
No quiero ahogarme en esperanzas, en suspiros, en sueños que no estás dispuesto a hacer realidad.
Vuelve.
Quiero seguir acá.
Vuelve.
Que no sé cómo escapar.
Hace muchos pasos cayó la tijera.
No caeré
El hilo no se cortará,
tallará hasta que no dé más.
Me encuentro enamorada,
endulzada,
encaprichada,
con marcas de tu saliva
y la sensación de tu abrazo en mi cuerpo.
Me encuentro feliz ante el bastón de mi cuento.
Del inspirador de mis creaciones, del creador de mí.

Me encuentro entusiasmada por llevarte de la mano y seguir caminando.
Grito de emoción.
Grito de euforia
por tu tacto de presencia.
Grito y grito,
pareces escucharme
entender el amor de mis pupilas,
pues ese brillo también está en las tuyas.
Quiero caer, caer en tus palabras,
en besos y brazos.

Déjame caer.
Quiero sentir mariposas recorrer mi diminuto cuerpo.
Quédate,
que yo quiero seguir acá.
Quédate,
que yo quiero amar.
Quédate y déjame caer,
que el choque tal vez no será tan duro.
Déjame o quédate.
Cada día te puedo extrañar menos.
y aunque me lamente por un rato,
me parece mentira cuánto yo te he querido.
Que sin mil y un poemas tallantes
de hilos y sueños
pueda yo contar.
Siempre
en una incertidumbre me tendrás.

Final, final, **no va más.**

SE ARRIENDA

Columna de opinión, o de lo que usted quiera.

INFORMES

BvB05252007@gmail.com

TEL.: _____